Cuestiones de método: "sistema" y "proceso" en la literatura de Nuestra América.

Beatriz González Stephan

Habitualmente se maneja el término de América Latina para designar un supuesto —y no menos recortado— conjunto continental de países hispano y luso parlantes sin advertir que corresponde más bien a la jerarquización que los sectores y gustos históricamente dominantes han canonizado. Es lo que Pedro Henríquez Ureña generosamente habilitaba en sus *Corrientes Literarias* (1945), donde la inclusión del Brasil se hacía partir de un criterio que permitía agrupar las literaturas en lengua latina.

Por esta vía, que privilegiaba la comunidad linguística de la vieja romanía, también el Caribe de lengua francesa fue uno de los primeros sectores de las Antillas no hispanas que comenzó a ser considerado como un área literaria posible de ser adscrita a la literatura latinoamericana.[1]

En todo caso, el término de Latinoamérica pareciera utilizarse en el sentido más restringido de "Hispanoamérica", en el que implícitamente sólo se jerarquizan las culturas y, por ende, las manifestaciones literarias en lengua española.

En el uso corriente "Hispanoamérica"-"Latinoamérica" se intercambian, no advirtiendo que se hace un traslado mecánico de las implicaciones semánticas de una a la otra, cuando ya en estos momentos la misma necesidad que demanda la dinámica histórica del continente requiere superar la limitación que envuelve el concepto de "Hispanoamérica", obliga a replantear adecuadamente los alcances de lo que vamos a entender y manejar por América Latina.

Vale puntualizar que más que una cuestión terminológica es una cuestión de principios metodológicos. La redefinición del referente o campo de trabajo no es algo dado naturalmente, y su establecimiento también está determinado por las nuevas condiciones históricas. Recordemos que nomenclaturas como "Nuevo Mundo", "América Española", "Iberoamérica", "Indoamérica" o simplemente "América" encierran además de una perspectiva ideológica un proyecto político-cultural.

Así, cuando en las últimas décadas la atención de los estudios literarios empieza a dirigirse hacia el área del Caribe y reclamar el descuido de que ha sido objeto, también advierte

en primer término el carácter plural, heterogéneo y diversificado de su especificidad cultural. Entonces devienen ciertas posiciones que suelen marcar tajantemente la diferencia entre la cultura continental —que suponen relativamente más homogénea porque la siguen pensando a partir del marco conferido por la tradición colonial— y las culturas antillanas —realmente tan heterogéneas entre sí que entorpecen casi su consideración en tanto unidad—.

En estos casos se toma la América Latina y el Caribe como si fuesen dos conjuntos cualitativamente diferenciados, tanto por la variedad y complejidad linguística, étnica y cultural como por el desfase de sus procesos históricos. Se habla así de una unidad para el Caribe insular, pero como un conjunto a contrapelo, yuxtapuesto a la otra unidad formada por las culturas continentales. América Latina y el Caribe serían, de este modo, dos áreas que coexistirían en una dualidad irreductible.

Pensamos que esta apreciación es el producto de una lectura de la realidad que en ambos casos resulta ideologizada: por un lado, en el caso de las culturas continentales, se ha institucionalizado una dimensión homogenizadora, que, al mutilar la pluralidad cultural, ha construido una imagen unidimensionalizada y no menos distorsionada de la realidad; y, por otro lado, en el caso del área antillana cuando se la ve como conjunto zonal, cualquier intento de comprensión de la región pareciera trasladar la percepción acentuadamente heterogénea que se da en el nivel empírico de la realidad al nivel teórico de elaboración.

De este modo, en el Caribe proliferan las diferencias; es presentado como un espacio plurilingüe. El continente latinoamericano aparece como un mundo uno; su unicidad ha sido fabricada a partir del supuesto de su unidad linguística: la primacía de las lenguas de origen latino.

Pero veamos: creo que nos sorprendería saber que en Guatemala —para sólo dar un ejemplo de un país centroamericano— además del español hay grupos sociales que hablan quiché, cakchiquel, mam, keckchi y 40 dialectos indígenas más, que obviamente son productores de discursos ficcionales; en Bolivia no sería de extrañar que más bien privaran el aimara, el quechua, el guaraní y 45 lenguas más; en Perú, país declarado bilingue, se habla también el aimara, el jíbaro, además de una variedad de dialectos quechuas. Pero resulta que también pertenecen al conjunto continental la Guyana, cuyas manifestaciones literarias se dan en inglés, creole, hindi, urdu y arauaco. Surinam, donde a pesar de ser el holandés el idioma oficial, buena parte de los productos culturales se dan en sranantongo, indostático, javanés, arauaco y caribe.

Esta pequeña muestra de heterogeneidad no sólo linguística sino también étnica y cultural que se vive en las tierras continentales pone en la picota la insuficiencia de los términos de "Hispanoamérica" y aún más el de "Latinoamérica" cuando en su uso solamente connotan aquella América de origen europeo, colonial y blanca.

Obviamente que ante tales evidencias —entre las cuales no mencionamos la Guayana francesa y la complejidad que al respecto ofrece el Brasil— podemos adelantar algunas conclusiones previas: 1) el carácter plurilingüe que caracteriza las formaciones

sociales y culturales de esta América no es privativo del área caribeña; si bien en esta zona la coexistencia de diferentes etnias y lenguas se hace más patente y contrastiva, en las diversas regiones continentales no lo es menos: puede variar el grado y el tipo de heterogeneidad cultural entre sociedades con una gran diversidad étnica y linguística (como Trinidad-Tobago, Santa Lucía, Surinam, Guyana, Bolivia, Paraguay, Panamá, Guatemala) y sociedades étnicamente más homogéneas (Argentina, Uruguay, Chile), donde la heterogeneidad cultural se concreta de otra manera.

2) Si bien se hace legítimo y necesario determinar regiones culturales a manera de conjuntos zonales que presenten características propias en tanto variables de otros conjuntos, la diferencia cualitativa que media entre la América Latina y el Caribe podría no resultar tan decisiva e insalvable. La semejanza estaría dada no tanto por presentar formaciones culturales idénticas en sus contenidos, sino en la *analogía* de sus estructuras, el carácter de sus contradicciones y semejanza de sus procesos históricos.

3) El proceso comparativo, que tenderá a imponerse por estas vías, no podrá limitarse a establecer relaciones entre aquellas manifestaciones literarias continentales y antillanas dadas en la misma lengua, sino que deberá suponer un tipo de trabajo que opere con categorías conceptuales translinguísticas. La familiaridad que algunos críticos ya han visto entre *Vidas secas* (1938) del brasilero Graciliano Ramos y la obra del mexicano Juan Rulfo *Pedro Páramo* (1955) por ejemplo, habría que intensificarla hacia el área caribeña construyendo una red de conexiones: se me ocurre la cercanía que pudiera haber entre el mismo *Pedro Páramo* y *The Hills Were Joyful together* (1953) del jamaiquino Roger Mais. Tampoco puedo dejar de pensar que el Gerard de la novela *Sena* (1905) del haitiano Fernand Hibbert es pariente ideológico del Julian de *Todo un pueblo* (1899) del venezolano Miguel Eduardo Pardo y del Alberto Soria de *Idolos rotos* (1901) de Manuel Díaz Rodríguez, los cuales rezuman el aire decadentista de la crisis finisecular. Y Cuba, Uruguay y Barbados se me integran en esta literatura nuestra cuando puedo trazar un hilo de continuidad entre *Un mundo de cosas* de José Soler Puig, *El astillero* de Onetti y *The Castle of my Skin* de George Lammig. También en un intento más osado se podrían establecer relaciones entre poetas como Francis Williams —que, aún siendo un negro jamaiquino libre, escribe odas al gobernador Haldane— con los yaravíes y poemas de corte neoclásico del peruano Mariano Melgar, y toda la problemática de esta literatura que vaticina más que el período de la Enmancipación, el cambio de las condiciones históricas de dependencia de la América Latina en relación a la nueva fase expansiva del capitalismo europeo a fines del siglo XIII e inicios de XIX. Y para seguir dentro de los discursos ficcionales grafemáticos, hay una serie de manifestaciones híbridas que revelan el carácter diglósico de la cultura de los vencidos, pero que vertebrada a un tronco común podría constituir el eje de la *otra* historia literaria latinoamericana: pienso, por ejemplo, en la poesía de Hualparrimachi Maita, donde en forma alterna va combinando versos en español y en quechua; Johannes King, negro de la tribu cimarrona matuari de Surinam, testimonia sus campañas de proselitismo cristiano entre los cimarrones usando el sranantongo; Antoine Dupré y Juste Chanlatte ya utilizan el francés y el creole haitiano a comienzos del siglo XIX; muchos escriben en sus diversos patois como Claude McKay (Jamaica), Gilbert Gratiant

(Martinica), Pierre Lauffer (Curazao), sin olvidar el modo como la estructura del habla de sectores populares y marginados ha permeado en un proceso de transculturación las obras de Arguedas, Rulfo, Guimarães Rosa, Nicolás Guillén, Pales Matos entre muchos.

Otro tanto sucede en la tradición oral, donde se ha podido ver un parentesco entre modalidades de expresión y personajes, que, con otros nombres, se hacen presentes en muchos países: son los cuentos de Ti-Jean, Compé Lapin y Compé Zamba en Martinica y Guadalupe; los cuentos de Bouqui y Malice en Haití; las *banderitas* en Curazao; los *odó, ondrofenitori, agersitori* en Surinam; Kenewó y tío tigre en Venezuela; los cuentos del hombre-araña Anancy, que aparecen en Guyana, Jamaica, Curazao, Belice y Surinam: hasta el *Spiderman* de la serie norteamericana que llena las horas de televisión de los niños de ambos continentes es deudor de esta tradición popular, oral, afroamericana.

Con esta abigarrada muestra de manifestaciones discursivas ficcionales, que atraviesan con un similar grado de problematicidad el continente latinoamericano incluyendo el Caribe, hemos querido mostrar que si bien pueden establecerse relaciones de contigüidad que rebasan el área insular, nacional o continental para estimular el entramado de *un* sistema literario, también con esta perspectiva de conjunto se podrían diseñar y explicar con más pertinencia las variables y diferencias entre los diversos subsistemas o subconjuntos literarios, ya sea de todo el Caribe insular, o solamente del anglófono vs. el francófono, del área andina, de Centroamérica, o de los países básicamente hispanos de la cuenca del Caribe.

Lo que está en juego es la posibilida de establecer los fundamentos metodológicos que permitan comprender las manifestaciones culturales de nuestra América como un sistema de vasos comunicantes. Naturalmente esta perspectiva está elaborada bajo la conciencia de que la organicidad de una literatura depende más de la crítica que de la propia literatura. Es obvio que los textos dialogan entre sí y que sus sistemas de producción tienen convergencias efectivas y verificables, pero es el pensamiento crítico el que descubre esos vínculos, los interpreta, y hasta propone y formula otros cuya legitimidad es fundamentalmente teórica.[2] Entonces, bien pudiera suceder que la disgregación de una literatura tenga que ver más con las limitaciones del pensamiento crítico que con su desarticulación o que con el carácter desmembrado de su base histórico-social.

Creemos pues que el reto que se impone para los estudios literarios latinoamericanos es la construcción de un sistema capaz de dar cuenta de las variables de este sistema; no sólo detectar las formaciones socio-culturales iguales, sino poder establecer conexiones entre estructuras homologables.

4) En virtud de lo anterior, sería una aporía a estas alturas considerar bajo el término "América Latina" solamente aquellos países y literaturas hispano, luso y hasta franco hablantes, pretendiendo con ello configurar el conjunto a partir de la unidad lingüística cónsona con el sentido etimológico de la palabra.

El perfil de la "latinoamericanidad" no se resuelve como algo demarcado por límites geográficos, etno-lingüísticos o antropológicos. Resulta discutible pretender elaborar un

sistema literario a partir del criterio de unidad lingüística si nos enfrentáramos a otra serie de casos y argumentaciones también por lo demás refutables. De nuevo veamos algunos ejemplos:

a) el mismo Vicente Huidobro escribió libros de poemas en francés, sin embargo no lo estudiamos dentro de la literatura francesa; José María Arguedas tiene relatos publicados en quechua; Bruno Trayen, de origen alemán y radicado en México, escribió sus novelas en ambos idiomas; Guillermo Enrique Hudson escribió en inglés, pero la historia literaria argentina lo reclama para sí; y gran cantidad de autores que han escrito y están produciendo su obra fuera del contexto latinoamericano (Vargas Llosa, Cortázar, Skármeta, Cristina Peri Rossi, Cesaire, Cabrera Infante) no dudaríamos incluirlos en la literatura de nuestra América. Ante estos casos la noción restringida de América Latina fundamentada en la unidad lingüística resulta inoperante.

b) Ahora, independientemente de la lengua, tampoco dudaríamos en considerar como latinoamericanas obras cuyo referente inmediato elude este contexto: *Las posibilidades del odio* de la mexicana María Luisa Puga transcurre en Kenya; un cuento reciente de Sergio Ramírez, *Heilige Nikolaus*, se ubica en Alemania al igual que *No pasó nada* de Antonio Skármeta; *A Bend in the river* de Naipaul se refiere al Africa; *Temporada de ángeles* de Lisandro Otero rehace desde una perspectiva periférica la historia de la Inglaterra de Cromwell; sin olvidarnos que al interior del mismo continente existe un diálogo intercultural: *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier (¿novela cubana?, ¿novela haitiana?) más bien pertenece a toda una familia de pueblos que han tenido una historia común.

c) Ya pareciera vislumbrarse la insuficiencia de basar un sistema literario en el criterio de la unidad de lengua. Un sistema puede ser multilingüe. Pero ¿eso no implicaría incorporar también la literatura del Canadá, la de los Estados Unidos o la española y portuguesa en aras de ese plurilingüismo cultural? Evidentemente que no, aunque hay varias historias literarias que así lo han hecho.[3]

Lo que fundamenta la posibilidad de construir un sistema literario latinoamericano que dé cuenta de la totalidad y variabilidad de sus manifestaciones culturales es la consideración de América Latina como un fenómeno histórico-cultural. La comunidad de sus *condiciones históricas* es lo que permite establecerla como un conjunto que se caracteriza por compartir situaciones políticas, sociales, económicas y etno-culturales semejantes. Es su condición histórica —como ex-colonias, dependientes, tercermundistas— lo que define y fundamenta no sólo la mancomunidad de su destino sino la especificidad de la heterogeneidad de sus manifestaciones culturales.

Es la *América Nuestra* de José Martí la que enmarca y traza el espacio que deberíamos recuperar en tanto unidad socio-política, es decir, en tanto conjunto históricamente semejante. Naturalmente que la comunidad de condiciones históricas se ha ido acentuando. Hace un siglo probablemente el Caribe anglófono tenía nexos más estrechos con la metrópoli inglesa que con el resto de las islas antillanas y zonas continentales.

Son también las mismas necesidades de la realidad y las circunstancias históricas del presente siglo que han ido acercando nuestros pueblos. Y es a partir de ello que también se están haciendo los esfuerzos por estudiar y comprender sus procesos sociales y culturas. Parafraseando al mismo Martí, recordemos que apuntaba, no sin agudeza, que no podía haber literatura —en este caso— "latinoamericana" hasta que no hubiera "Latinoamérica".

Son las circunstancias de la realidad histórica las que obligan a que las ciencias sociales —y entre ellas los estudios literarios— se apremien para construir andamiajes conceptuales que permitan no sólo entendernos, sino también saber cómo enriquecer nuestras sociedades en aras de una historia más justa.

La *unidad* de la América Latina no supone su *unicidad*, en el sentido de volverla un mundo *uno* : unidimensionalizar sus productos culturales, reducirla, mutilar aquellas partes que resultan disonantes con la imagen preconcebida de una totalidad armónica. Es más bien la unidad entendida como una totalidad heterogénea, donde las contradicciones y variables se ven articuladas a un eje común. La unidad conferida por condiciones históricas comunes no significa que tenga una literatura. Pero el sistema que integre esa literatura deberá dar cuenta de las diversas manifestaciones y modalidades discursivas, bien sea para agruparlas en subconjuntos regionales de menor o mayor alcance, bien sea para establecer relaciones dialógicas entre formaciones y tipologías discursivas espacial e históricamente distanciadas.

El diseño de un sistema literario de carácter latinoamericano que comprenda el área caribeña como un conjunto integrado a esta totalidad sólo es posible si se considera la mancomunidad de condiciones históricas.

Sin embargo, lejos de suponer que un sistema literario es el resultado de la *suma* total de las obras, en el sentido que sea una descripción más o menos representativa de las empiricidades, es más bien un modelo teórico, una abstracción de los fenomenos concretos: es una herramienta conceptual, que, elaborada a partir del estudio de la realidad concreta, nos permite apropiar y conocerla. En tanto modelo no sólo describe sino *explica* los discursos del imaginario social. Pero sólo podrá dar *razón* de ellos en la medida que los comprenda como una de las modalidades en que se expresa la historia de las formaciones sociales; en la medida que logre explicar por qué en un período una determinada sociedad produce para sí también determinadas reperesentaciones simbólicas.

Los productos culturales no establecen de por sí esas conexiones; su puesta en relación y la elaboración de un nivel superior de sentido que las hermane u oponga es trabajo de la ciencia literaria. No es que la labor sistematizadora invente esas vinculaciones; tampoco las descubre como si estuviesen pre-establecidas por una mano oculta; construye esa red a base del análisis y observación de los fenómenos concretos. Por consiguiente, aunque las necesidades actuales demanden a la crítica abordar conjuntos literarios como expresión del imaginario de las formaciones sociales, los estudios parciales —ya sean de carácter monográfico, metodológicamente enmarcados dentro de una perspectiva mas textualista— son necesarios puesto que pueden alimentar la construcción del sistema.

Tal vez sea importante advertir que la elaboración de un sistema literario de un conjunto tan vasto y complejo como el de la literatura de la América Latina deba ser pensado a manera de un *archisistema*, que a su vez articule o integre subsistemas a manera de eslabones englobantes. Con este criterio no se verán en absoluto invalidados los estudios de las literaturas nacionales y regionales. Por el contrario, esta sintaxis de subsistemas —ya se trate de las literaturas grafémicas en una misma o varias lenguas, de las manifestaciones orales, de textos que constituyan una contracultura— permitirá entender la variedad de respuestas a situaciones históricas comunes. Y es precisamente el proceso de la historia nacional, regional o latinoamericana según el caso, que operará en calidad de eje vertebrante de los diferentes subsistemas literarios.

No estamos pensando que cualquier sistema deba presentarse como una agenda de motivos temáticos. Una buena cantidad de trabajos abocados a presentar un panorama global del área antillana resuelven su especificidad cultural a base de una lista de contenidos programáticos (literatura de la esclavitud, de Africa como origen, como utopía, rechazo de la civilización europea, el exilio, el viaje, el antimperialismo, el compromiso político, la apología de la negritud). Con todo el lastre ahistoricista que conllevan estos enfoques, encasillan la literatura en compartimientos estancos desgajándola de la sociedad y extrapolándola del proceso histórico.

Un sistema cultural es un modelo teórico; se elabora a partir de un corpus cualitativa e históricamente acotado. La perspectiva ideológica que controla la investigación definirá la mayor o menor amplitud o representatividad de este corpus, el cual estará a su vez demarcado por conyunturas históricas que trazarán los límites de un estado relativamente sincrónico. De otro modo, las formaciones sociales constituyen una estructura histórica que pueden ser analizadas en términos de períodos históricos siempre y cuando se jerarquice su estado relativamente estable.

Por consiguiente, la relación entre *sistema* y *período* literario se hace bastante estrecha. Así como un sistema literario representa un modelo explicativo de las realidades en cuestión —y por lo tanto no refleja o traduce en particular cada fenómeno empírico—, el diseño de los períodos de una literatura debe dar cuenta del proceso de transformación estructural del sistema, y, advertir, primero —como señalaran tanto Bajtin como José Carlos Mariátegui en cierta oportunidad (4)— el diálogo entre las formas culturales del pasado y del presente; y, segundo, considerar los períodos literarios como formaciones histórico-culturales, cuya determinación no debe apoyarse en los acontecimientos epidérmicos sino en los cambios profundos de una sociedad.

Así pues, la construcción de un sistema literario no significa concebirlo como una totalidad estática. Es historia, por lo menos en dos medidas: porque comprende las realidades culturales como una de las modalidades —en este caso ideológica— en que se expresa una sociedad; y, porque esas modalidades sufren transformaciones a lo largo del tiempo, sólo posible de ser comprendidas si se las entiende en tanto *proceso*.

La historia de una literatura es el proceso de uno o varios sistemas literarios. En este

sentido, el sistema también debería resolverse como la sintaxis histórica de los diversos conjuntos literarios. Engarzar los diferentes *períodos-sistemas* de las diversas literaturas de nuestra América también bajo un eje vertebrador que los muestre como *variables históricas* de condiciones históricas comunes.

Veamos de nuevo unos ejemplos que pueden ilustrar siempre la *analogía* de los procesos, por lo menos en el carácter de sus contradicciones: durante el siglo XIX gran parte de los países latinoamericanos declaraban políticamente su emancipación; sin embargo, esta situación no significó un cambio sustancial de las estructuras socio-económicas: se mantuvo la esclavitud durante décadas, no hubo transformaciones en cuanto al régimen de la propiedad de la tierra, nuevas condiciones de dependencia fueron propiciadas por el avance del liberalismo económico de Francia e Inglaterra; en fin, los estados independientes devinieron en repúblicas formales ingresando en el nuevo orden internacional bajo el modelo de un conservadurismo liberal (Halperin Donghi, Faletto, Ricaute Soler, José Luis Romero, Kaplan). En casos extremos, Bolivia se convierte en república a través de un acta en 1825. Haití, primer país antillano y latinoamericano que no sólo se declaró independiente en 1801 sino que abolió su esclavitud en 1794 convirtiéndose luego en un estado con emperador. Por otro lado, islas del Caribe anglofono (como Trinidad, Jamaica, Granada, las Bahamas, Santa Lucía), sin dejar de seguir siendo colonias del imperio británico hasta muy entrado el siglo XX (obtienen independencias entre 1962 y 1980), abolen su esclavitud entre 1834 y 1838.

Tenemos a *grosso modo,* un cuadro contradictorio: repúblicas democráticas que mantienen el régimen esclavista; colonias que eliminan la esclatitud; países, como el Brasil, que logran una independencia pacífica (1822) convirtiendose en imperio con régimen esclavista. Evidentemente que si tomamos en cuenta los acontecimientos de carácter formal o superficial —es decir las fechas— el panorama histórico y literario de la América Latina aparece como un mosaico desincronizado y arítmico. Pero si observamos los cambios profundos y los comparamos no por la igualdad de las situaciones sino por la analogía de las condiciones en que se dan los cambios, podemos articular en un eje común estas situaciones tan variables. En estos casos lo que resulta limitante es una concepción lineal de los procesos sociales, que, al no ser capaz de apuntar a niveles más profundos en su lectura de la realidad, disgrega las historias de los diversos países como procesos irreconciliables.

Obviamente lo que nos interesa destacar con el ejemplo anterior es que a despecho de la heterogeneidad y particularidad de los procesos señalados el liberalismo económico y político, como nueva fase de la historia de Occidente, representa un momento coyuntural para toda la América Latina y el Caribe. Lo que varía es el modo como cada región enfrenta y responde a esas nuevas condiciones. También interesa acentuar que la especificidad de estas contradicciones son compartidas de algún modo en todo el continente, y de allí que la variedad de tipologías discursivas —ya se trate de diarios de viaje, ensayos políticos, cartas, odas apologéticas, novelas, dramas, biografías, como de géneros híbridos como *Las memorias de Sebatián Cangalla* (1858) del chileno Pedro Díaz de Gana— y el predominio de una sobre otras dependerá también del tipo de formación social.

Así como esta idea de sistema literario no simplifica la realidad sino más bien habilita su riqueza y densidad, la sintaxis de los períodos literarios podría engarzar en un eje varias tipologías discursivas que corresponderían cronológicamente a diferentes momentos del desarrollo histórico. Es lo que se ha dado en llamar periodización *systadial* (5), que permite capturar metodológicamente para la comprensión histórica de los procesos sociales y culturales también la densidad y carácter heterogéneo de los períodos.

Esta sería una posibilidad que viabilizaría, por un lado, la integración comprensiva del área caribeña como parte necesaria de la América Latina, y, por otro, algunos de los procesos de las diferentes literaturas nacionales y regionales del continente dejarían de ser tan atípicos. Dentro del sistema literario hispanohablante, por ejemplo, resulta natural la incorporación de la novela cubana *Cecilia Valdez* como parte de la narrativa del período romántico; Nicolás Guillén y Alejo Carpentier constituyen pilares fundamentales de la literatura postmodernista latinoamericana, tanto que ya casi olvidamos su carácter simultáneamente antillano. Así pues, lo que aparece como obvio en el caso de la literatura en español no nos lo parece tanto en las literaturas anglófona, francófona y holandesa. Este cerco habría de ser superado.

De este modo, una perspectiva totalizadora recupera (en el sentido hegeliano de "Aufhebung") y da sentido a aquellas culturas que la tradición histórica dominante ha excluído y soslayado por no ajustarse a los esquemas básicamente de ascendencia eurocentrista, como el hispanismo, la cultura grafémica, la simbiosis entre independencia, formación del estado burgués y nacimiento de la literatura nacional.

Con estos criterios, prácticamente las historias de las literaturas de muchos países continentales como antillanos (Brasil, Surinam, Trinidad-Tobago, Cuba) apenas tendrían un siglo o algunas décadas de existencia.

Creemos que ver la cultura en tanto proceso obliga a restablecer la cadena histórica en su totalidad, porque —recordando nuevamente a Bajtin— "tampoco se puede encerrar a la cultura de una época —por mucho que esta época diste de nosotros en el tiempo— dentro de ella misma, como algo listo, completamente consumado e irreversiblemente ido, muerto (...) la unidad de una determinada cultura es una *unidad* abierta. Cada una de las unidades (por ejemplo, la antiguedad), con toda su peculiaridad, entra en el proceso único (aunque no rectilíneo) de la formación y devenir de la cultura de la humanidad. En cada cultura del pasado se hallan enormes posibilidades de sentido que quedaron sin ser captadas por la conciencia y ser aprovechadas en el transcurso de toda la vida histórica de la cultura dada".(6)

Para concluir, la historia de la literatura latinoamericana no debe entenderse tanto como la historia de las *obras* y sumatoria de países, sino más bien como la historia del *proceso* de transformación de los *sistemas literarios*. El discurso histórico, por lo tanto, es un macrosistema que debe dar razón —es decir, sentido— a la serie de sistemas y organizarlos en conjuntos semejantes y contrastivos. La historia como proceso implica establecer conexiones en una doble dirección:

a) en un sentido vertical: captar en la heterogeneidad del estado sincrónico del sistema tanto las formalizaciones grafémicas ("cultas") como las manifestaciones más profundas de las culturas populares para calibrar y jerarquizar mejor los elementos cualitativos que dentro del sistema son índices del cambio.

b) en un sentido horizontal: establecer relaciones dialógicas entre subconjuntos discursivos de diversos sistemas culturales, los cuales cobrarían una mayor riqueza significativa al quedar vinculados a subconjuntos en otras lenguas del mismo o de otros períodos.

Así, el Caribe y la América Latina como conjunto histórico de naturaleza plural viven al unísono las mismas contradicciones. ¿No son acaso *El canto general* de Neruda como el *Cahier d'un retour au pays natal* de Aimé Césaire tan nuestros, tan latinoamericanos los dos?

La puesta en relación de todos aquellos conjuntos literarios marginados —el Caribe, las Guyanas, el Brasil, Centroamérica y las culturas populares— con los conjuntos tradicionalmente privilegiados no es sólo una tarea de los estudios literarios, sino también es una necesidad política.

La América Latina, la *América* para que sea verdaderamente *Nuestra* necesita de todos sus miembros y pulmones para caminar y respirar con plenitud.

NOTAS

1. Las historias literarias de la América Latina no lo consideraron hasta muy avanzado el siglo XX, aún cuando ya la *Revue Indigene* en 1928 en Haití hablaba de un necesario conocimiento mutuo en función de penalidades y un destino común.

2. Cf. Antonio Cornejo Polar "La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias", Caracas, texto mimeografiado, 1982. También Angel Rama ha insistido en este punto: "La crítica no construye las obras [pero] sí construye la literatura". En *La novela latinoamericana*, Bogotá, 1982, p.15.

3. Nos referimos a la *Historia Comparada de las Literaturas Americanas* (Bs. As: Edit. Losada, 1976, 4 vols.) de Luis Alberto Sánchez y a la *Colección Panamericana* (Bs. As.: W.M. Jackson, 1942, 32 vols.).

4. Nos referimos al artículo "Literatura, cultura y tiempo histórico" de Mijail Bajtin (publicado en *Cuestiones teóricas sobre literatura y arte*, La Habana; Universidad de La Habana, 1979) y con anterioridad José Carlos Mariátegui en "El proceso de la literatura" (1928) en *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Lima: Empresa Editora Amauta, 1977).

5. Cf. al respecto el libro *Process of Unity in Caribbean Society: Ideologies and Literatures* editado por Ileana Rodríguez y Marc Zimmerman (Minneapolis: Instituto de Ideologies & Literatures, 1983).

6. Art. cit., p. 57.